

ct

Donde vienen a morir las ballenas

de
Ernesto Is

(fragmento)

DERIVA

— SEGUNDA PARTE —

*Muy cerca de la costa. Justo antes del amanecer.
La niña de piel azul está asustada y tiene frío.*

MUÑECO

Los marineros lo hacían.

Grababan en los remos o en el casco de la embarcación el RISCO DE SALOMÓN para protegerse.

¡Yo qué sé quién cojones fue Salomón! Imagino que alguien muy importante.

Un pez gordo ese Salomón. De lo contrario, nadie se acordaría de él poniendo su nombre a una estrella de seis puntas.

También en los pueblos.

No sé por qué hacían eso, sólo te lo cuento.

Yo lo vi, sí. Lo vi con estos ojos de madera.

Hay un lugar, en la costa sur de mi tierra, de Galicia, en el que aún encuentras este tipo de marcas en las puertas de las casas, en algunos objetos e incluso en los muros de las iglesias.

Es el habla de la gente del mar. Sí, su *salvavidas*.

Con dos o tres líneas describen aquello que no es posible decir con el cuerpo o con la voz.

Quizás esta sea la mejor forma de comunicación jamás inventada: unas rayas delgadas que soporten el peso de todas las palabras existentes y de las que aún están por nacer. Porque hablar la vida es como caminar sobre la tabla, con los tiburones esperando debajo.

Pronto amanecerá. Siempre acaba por amanecer.

No sé cuánto tiempo queda. No sé dónde estamos. No puedo ver nada.

Delante de nosotros, sólo esta oscuridad; espesa y dura. Una oscuridad que amasa árboles con piedras, personas con animales, cielo con mar.

¿Tú puedes ver algo?

En algunos pueblos costeros pintan las fachadas de las casas con colores vivos. Las pintan para los días en los que cae la *cigüeña*. Para que los marineros encuentren el camino de vuelta al hogar...

¿Qué? Non tengo morriña. La morriña no existe. Tan sólo es un estado físico con una base científica.

Verás, Galicia está atestada de granito en su subsuelo y el granito desprende radón. Cuando los gallegos marchamos, nuestros cuerpos sufren esta falta. ¡Es un síndrome de abstinencia la estúpida morriña! Sí, somos toxicómanos de nuestra tierra. El único antídoto que cura esta enfermedad son los grelos.

Voy a volverme loco... Sí, ¡aún más!

¿Qué pasa? ¿Qué hay de malo en la locura?

No tengas miedo. La locura es algo normal de donde yo vengo.

Normal y natural.

Los conozco.

A los locos y a las locas de mi tierra. A cada uno de ellos.

Hombres y mujeres que encontraron en la niebla de la razón una vía de escape de esta realidad.

¿Crees que son malos? ¿Crees que no estoy hablando bien de ellos?

Nosotros les hacemos estatuas. En las alamedas, en las plazas mayores, en las calles principales...
Estatuas mucho más humildes que las de los futbolistas.
No queremos olvidarlos.
Fuera de nuestro territorio también. También les recuerdan.
En Cuba. En Argentina. En México. En Madagascar.
Somos muchos los gallegos locos.
Pronto el mundo se va a quedar pequeño para albergar tanto homenaje a la locura.
A nuestra locura y a la de los demás.

Shhh... ¡Escucha!

Las gaviotas. Puedo oírlas.

Ya estamos cerca de la costa.

Es amargo.

El graznido de una gaviota en mitad de la noche.

Amargo.

El viento nocturno arrastra muchos lamentos, pero ninguno tan terrible como las carcajadas de las aves del mar. Es una punzada directa al corazón.

¡Claro que tengo corazón! ¡Siempre lo tuve! De madera, pero corazón al fin y al cabo.

Antes de morir, mi padre se volvió loco.

Con más de setenta años se lanzó al mar en un bote agujereado para buscarme.

No llegó muy lejos, claro. Los guardacostas lo encontraron al borde de la muerte, asustado. Su cuerpo estaba violeta por la hipotermia. Tan sólo era capaz de murmurar una y otra vez las mismas palabras: DOVE SEI, FIGLIO MIO...? NELLO STOMACO DELLA BALENA...?

Lo internaron en un centro de la tercera edad. Uno de esos sitios donde las personas se sobreviven a sí mismas como pueden.

Me llamaron y lo fui a visitar por última vez. Tampoco me reconoció.

Pensó que yo era una marioneta. Intentó tirarme de los hilos invisibles un par de veces, pero no pasó nada, así que el viejo me dejó en paz y volvió a perderse en la bruma que anidaba en su cabeza.

Antes de irme, me cogió por las manos y miro para mí fijamente. Pupila frente a pupila pude ver, después de tanto tiempo, el brillo del coral turquesa descansando en las profundidades de sus ojos.

Tenían la misma extraña belleza que los cuerpos de las ballenas consumiéndose sobre la arena.

Cuando separé nuestras manos, me di cuenta de que me había dado una cigüeña de papel.

¿Estás llorando?

No lo hagas. Sólo quería contarte esta historia, la última historia de mi padre.

Al final, él descansó. Y yo también, para qué mentir.

No le guardo rencor.

¿Por su ausencia? ¿Por no tenerlo a mi lado?

Él me quería y me recordaba a su manera.

Con el tiempo comprendí que su locura, el intento por encontrarme en medio del mar, fue el primer y último acto de amor para conmigo.

Así son los padres: kamikazes de las emociones más irracionales.